
Las crisis mundiales del capitalismo

La Gran Crisis de 1930*

John Maynard Keynes**

[...] La mejor estimación que puedo aventurar es que cada vez que se ahorran cinco chelines, se priva a un hombre del trabajo de una jornada. Ahorrando cinco chelines, se contribuye al desempleo de un hombre por día, y así sucesivamente en la misma proporción. En cambio, cada vez que se compran mercancías se contribuye a multiplicar los empleos ofrecidos a los trabajadores, a condición de que los productos comprados sean británicos y fabricados aquí si se quiere una mejora del nivel de empleo en nuestro país. Decir esto no es más que recurrir al sentido común más elemental. En efecto, si se compran mercancías, es necesario que alguien las produzca. Y si no se compran, los comerciantes no podrán vender sus stocks, no renovarían sus pedidos, y alguien perderá su trabajo. [...]¹

I

El mundo ha tardado en reconocer que vivimos este año a la sombra de una de las catástrofes económicas más grandes de la historia moderna. Pero ahora que el hombre común ha tomado conciencia de lo que está ocurriendo, aún sin saber el

* Keynes, J. M., "The Great Slump of 1930" (diciembre de 1930), en *Essays in Persuasion*, Vol. IX, Londres, Macmillan, 1972, pp. 126-134.

** Traducción de María José Rubín y Mario Rapoport.

1 Texto correspondiente al capítulo sobre "La economía en 1931", que pertenece al mismo libro.

porqué, está tan lleno de temores que podrían revelarse excesivos, como antes carente de una ansiedad razonable, cuando el problema empezó a surgir.

Comienza además a dudar del porvenir. ¿Es esto el fin de un sueño del que se levantará para afrontar la negrura de los hechos? ¿O bien está a punto de caer en una pesadilla que va a evaporarse? No es necesario dudar. La situación anterior no era un sueño. Esto es una pesadilla que se irá con la luz de la mañana. Pues los recursos de la naturaleza y las invenciones de los hombres son tan fértiles y productivas como lo eran antes. La velocidad de nuestro progreso para resolver los problemas materiales de la vida no es menos rápida. Somos tan capaces como antes de ofrecer a todos los individuos altos niveles de vida, – digo “altos” en comparación con unos veinte años atrás – y pronto aprenderemos a alcanzar niveles aun superiores. No habíamos sido engañados antes. Pero hoy nos vemos involucrados en un desorden gigantesco porque hicimos una falsa maniobra conduciendo una máquina delicada cuyo funcionamiento escapa a nuestra comprensión. El resultado de ello es que nuestras posibilidades de producir riqueza disminuirán por un tiempo; tal vez por un largo tiempo.

Dudo que pueda poner mis pensamientos en estrecho contacto con la mente del lector. Estaría diciendo demasiado para el hombre común y demasiado poco para el experto. Porque, aunque nadie lo crea, la economía es una disciplina técnica y difícil. Incluso está convirtiéndose en una ciencia. De todas formas, haré mi mejor esfuerzo, al costo de omitir, dado que sería demasiado complicado, mucho de lo que se necesitaría para brindar un completo entendimiento de los eventos contemporáneos. Antes que nada, debe notarse la extrema violencia de la crisis. En los tres países líderes a nivel industrial – Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania – 10.000.000 de trabajadores permanecen inactivos. No hay prácticamente ninguna industria importante ganando suficiente dinero como para expandirse, lo que representaría una prueba del progreso de esos países. Al mismo tiempo, en las naciones de producción primaria los bienes resultantes de la minería y de la agricultura se están vendiendo, en el caso de casi todas las principales commodities, a precios que, para muchos o para la mayoría de los productores, no cubren sus costos. En 1921, cuando los precios cayeron tan fuertemente, esa caída partió desde un nivel muy alto, en el que los productores estaban obteniendo ganancias anormales; pero no hay ejemplo en la historia moderna de una caída tan grande y tan rápida de los precios desde una situación normal como la que ha ocurrido el año pasado. De allí la magnitud de la catástrofe.

El tiempo que transcurre antes de que la producción cese y de que el desempleo alcance su máximo nivel es, por muchas razones, más largo en el caso de las materias primas que en el de las manufacturas. La mayor parte de las veces, las unidades productivas son más pequeñas y están peor organizadas para poder lograr entre ellas un proceso de contracción ordenada. La longitud del período de producción, especialmente en la agricultura, es mayor; los costos de un cese temporal resultan más grandes; los trabajadores son con más frecuencia sus propios

empleadores y, por lo tanto, se resignan con mayor facilidad a una reducción de los ingresos por la que están dispuestos a trabajar. Por otra parte, los problemas sociales derivados del despido de los trabajadores son más grandes en comunidades más primitivas, y los problemas financieros causados por un cese en la producción de bienes primarios son más serios en países donde dichos productos constituyen casi el único sustento de la gente. Sin embargo, nos acercamos rápidamente a la fase en que la producción de los sectores primarios puede verse restringida casi tanto como la del sector industrial; y esto provocará otra reacción adversa en la industria, dado que los primeros no tendrán poder de compra con el cual adquirir bienes manufacturados, estableciéndose así un círculo vicioso. Entrampados en este impasse, los productores individuales tienen la esperanza equivocada de que tal o cual línea de conducta resultaría beneficiosa a un productor aislado o a una clase de ellos si ningún otro u otros la adoptasen, pero cesa, sin embargo, de ser ventajosa desde el momento en que cada uno la hace suya.

Por ejemplo, para restringir la producción de un bien primario en particular, se aumenta su precio, en tanto que la producción de las industrias que utilizan ese bien continúa sin cambios, pero si ésta se restringe, entonces la demanda de productos primarios cae tanto como la oferta, y ninguna de las dos avanza más. O, también, si un productor o un país en particular reduce los salarios, en tanto que los otros no lo imiten, ese productor o país está capacitado para obtener una mayor parte de la demanda global. Pero si todos disminuyen los salarios a la vez, el poder de compra de la comunidad en su conjunto se reduce en el mismo monto que la disminución de costos; y, de nuevo, ninguno avanza. Entonces, ni la restricción de la producción ni la reducción de salarios sirven en sí mismos para recuperar el equilibrio.

Más aún, si eventualmente tuviéramos éxito en el restablecimiento de la producción a los bajos niveles salariales que existían con el nivel de precios de la preguerra, nuestros problemas no terminarían allí. Desde 1914, el público extranjero, tanto a nivel nacional como internacional, una inmensa cantidad de deuda en bonos, que permaneció fija en términos monetarios. Por lo tanto, cada caída de los precios aumenta el peso de esta deuda, dado que implica una revaluación de la moneda en la que fue fijada. Por ejemplo, si retornáramos a los niveles de precios de preguerra, la deuda nacional británica sería un 40% mayor de lo que era en 1924, y el doble de la de 1920. El Plan Young (para aligerar las cargas de la deuda germana) pesaría sobre Alemania con mucha más fuerza que el Plan Dawes, el cual era considerado ya insostenible para ese país.

A su vez, el endeudamiento de los aliados de la Gran Guerra con Estados Unidos representaría un 40-50% más de bienes y servicios que en el momento en que los acuerdos fueron hechos, y las obligaciones de países deudores, como los de Sudamérica y Australia, se volverían insostenibles sin una reducción de los niveles de vida en beneficio de sus prestamistas. En fin, los agricultores y los propietarios de viviendas en todo el mundo que hayan accedido a hipotecas se encontra-

rían también víctimas de sus acreedores. En semejante situación, no es seguro que puedan hacerse los ajustes necesarios para prevenir una serie de bancarrotas, de cesación de pagos y de no reconocimiento de las deudas, que harían temblar los fundamentos del orden capitalista. Habría un terreno favorable para la agitación, las sediciones o las revoluciones. Lo hay, ya, en muchas partes del mundo. Pese a ello, los recursos de la naturaleza y las invenciones del hombre no dejarían de ser tan útiles y productivas como solían serlo. Simplemente, el sistema estaría atascado por causa del desorden existente. Pero no porque tengamos una avería en el motor debemos creer que pronto volveremos de nuevo a trasladarnos en carreta y que el automóvil está condenado.

II

Tenemos una avería. ¿Cómo podemos comenzar de nuevo? Permítanme trazar los eventos en sentido inverso:

1. ¿Por qué los trabajadores y las maquinarias están desempleados o fuera de funcionamiento? Porque los empresarios industriales no son capaces de vender sin pérdidas lo que se produciría si el trabajo retornara.

2. ¿Por qué los industriales no esperan vender sin pérdidas? Porque los precios han caído más que los costos; de hecho, los costos han caído muy poco.

3. ¿Cómo puede ser que los precios hayan caído más que los costos? Porque los costos representan lo que un hombre de negocios paga por la producción de un bien y los precios determinan lo que obtiene cuando lo vende. Es sencillo comprender la razón por la cual, para una empresa determinada o un producto individual, estas dos cifras pueden ser desiguales. Pero para la comunidad en su conjunto el hombre de negocios recuperaría el mismo monto que paga, pues lo que desembolsa durante el curso de la producción determinaría los ingresos del público, que a su vez le abonaría a aquél los productos que le compra, ¿no es así? Esto es lo que se entiende como el ciclo normal de producción, intercambio y consumo.

4. ¡No! Desafortunadamente, esto no es así; y aquí está la raíz del problema. No es cierto que lo que los hombres de negocios pagan como costos de producción regrese necesariamente a ellos bajo la forma de ingresos por la venta de lo que producen. Constituye la característica de un boom que los ingresos de sus ventas excedan sus costos y de una crisis que sus costos superen sus ingresos. Más aún, es una ilusión el suponer que pueden siempre restaurar el equilibrio reduciendo sus costos totales, sea restringiendo su producción, sea recortando los salarios; ya que la disminución de sus gastos haría caer sus ventas por la reducción del poder adquisitivo de los asalariados, que son también sus consumidores, en un monto casi similar.

5. ¿Cómo puede ser, entonces, que los costos totales de producción del mundo de los negocios en su conjunto sean diferentes del total de los ingresos de sus ventas? ¿De qué depende ese desequilibrio entre ambos? Creo que conozco la res-

puesta. Pero es demasiado complicada para exponerla aquí satisfactoriamente. De modo que debo ser, en cierta forma, superficial.

Permítasenos tomar, antes que nada, a los bienes de consumo que están en venta en el mercado. ¿De qué dependen las ganancias (o pérdidas) de los productores de esos bienes? Los costos totales de producción, que son lo mismo que el total de los ingresos de la comunidad considerados desde otro punto de vista, están divididos en una cierta proporción entre el costo de los bienes de consumo y los costos de los bienes de capital. Los ingresos del público, que son lo mismo que los ingresos totales de la comunidad, están también divididos en una cierta proporción entre los gastos relativos a la compra de productos de consumo y los ahorros.

Ahora bien, si la primera proporción es más pequeña que la segunda, los productores de bienes de consumo van a perder dinero, ya que sus ingresos por ventas, que son iguales a los gastos del público en relación con esos bienes, serán menores que los costos de producción. Si, por el contrario, la segunda proporción es menor que la primera entonces los productores de bienes de consumo obtendrán ganancias excepcionales. Se sigue que los ingresos de los productores de bienes de consumo sólo pueden ser restaurados sea porque el público gasta una proporción mayor de sus ingresos en esos bienes (lo que significa ahorrar menos), o porque una mayor parte de la producción toma la forma de bienes de capital (en tanto que esto significa una producción proporcionalmente menor de bienes de consumo).

Pero los bienes de capital no serán producidos en una escala mayor a menos que los productores de esos bienes estén obteniendo ganancias. Entonces arribamos a nuestra segunda pregunta: ¿de qué dependen las ganancias de los productores de bienes de capital? Dependen de que el público prefiera mantener sus ahorros líquidos en forma de dinero o un equivalente en términos monetarios, o prefiera utilizarlos para comprar ese tipo de bienes o algo equivalente. Si el público es relictante a comprar éstos últimos, entonces los productores de bienes de capital obtendrán pérdidas; consecuentemente, menos bienes de capital serán producidos, con el resultado de que, por las razones dadas anteriormente, los productores de bienes de consumo también van a tener pérdidas. En otras palabras, todas las clases de productores tenderán a sufrir pérdidas, y el desempleo general sobrevendrá. Para ese momento, un círculo vicioso se habrá constituido y, como resultado de una serie de acciones y reacciones, la situación no dejará de empeorar, al menos hasta que ocurra algo que cambie el rumbo. Ésta es una imagen excesivamente simplificada de un fenómeno complicado, aunque creo que contiene la verdad esencial. Muchas variaciones y ornamentos pueden ser agregados, pero ésta es la sintonía.

Si entonces estoy en lo cierto, la causa fundamental del problema es que el deseo de crear nuevas empresas falla porque la inversión de capitales es insuficiente. Debido a que el comercio es internacional, una producción insuficiente de

nuevos bienes de capital en el mundo afecta los precios de los productos en todas partes y, del mismo modo y por igual, los beneficios de los productores en el conjunto de países.

¿Pero por qué hay una escasez en la producción de nuevos bienes de capital en el mundo? Se debe, en mi opinión, a la conjunción de varias causas. En primera instancia, a la actitud de los prestamistas, ya que los nuevos bienes de capital son producidos en gran medida con dinero prestado. Ahora (con la crisis) también obedece al comportamiento de los deudores. Por diversas razones, los prestamistas estaban, y están, pidiendo requisitos más elevados para sus préstamos de los que una nueva empresa puede afrontar. Primero, con el despilfarro de la guerra, las empresas estuvieron dispuestas a pagar tasas de interés más altas, lo que acostumbró a los prestamistas a esperar que esas tasas se mantuvieran cuando la paz por fin llegó.

Segundo, las circunstancias posibilitaron la existencia de cualquier tipo de deudores que estaban dispuestos a pagar tipos de interés más elevados si fuera necesario, lo que incentivó a los prestamistas a pedir tasas que ninguna empresa sería estaba dispuesta a soportar. La existencia de prestatarios políticos para hacerse cargo de las obligaciones de los tratados, de banqueros tomadores de créditos para sostener un nuevo patrón-oro restaurado, de deudores especuladores para aprovechar los booms de la bolsa, y, finalmente, de sufridos prestatarios para hacerse cargo de las pérdidas en las que incurrieron por la caída de los precios – todos ellos dispuestos, si era necesario, a pagar tasas de casi cualquier nivel – permitió a los prestamistas asegurarse intereses más elevados que los que nuevas empresas genuinas podían afrontar.

Tercero, el estado inestable del mundo y de los hábitos en las decisiones de ahorro restringieron el número de países o de prestamistas dispuestos a colocar su dinero en condiciones razonables. Asimismo, una gran proporción del globo es, por una u otra razón, objeto de desconfianza por parte de los prestamistas, de modo que ellos exigen una prima de riesgo tan grande que estrangula a las nuevas empresas. Durante los últimos dos años, dos de los tres principales países acreedores del mundo, Francia y Estados Unidos, han retirado una buena parte de sus recursos del mercado internacional de préstamos a largo plazo.

En tanto, la actitud reluctante de los prestamistas ha encontrado una actitud casi similar por parte de los prestatarios. Esto se debe a que la caída de los precios ha sido desastrosa para aquellos que habían obtenido un préstamo, mientras que quienes pospusieron una nueva empresa salieron beneficiados por la demora. Más aún, los riesgos que atemorizan a los prestamistas asustan también a los posibles tomadores de crédito. Por su parte, en Estados Unidos la gran escala en la que han sido lanzadas nuevas empresas de producción de bienes de capital en los últimos cinco años, ha agotado de alguna manera, y mientras la atmósfera de depresión en los negocios continúe, las oportunidades lucrativas necesarias para la aparición de otros emprendimientos.

Para mediados de 1929, las nuevas colocaciones en el sector tenían ya una escala inadecuada en todo el mundo, fuera de Estados Unidos. El golpe final fue el colapso de la colocación de nuevos capitales en ese país, cuya tasa de inversión es hoy probablemente un 20 a 30% menor que lo que era en 1928. Por lo tanto, en algunos lados la oportunidad de nuevas inversiones rentables resulta más limitada de lo que era, mientras que en otros es más riesgosa.

Un gran abismo se abre entre la intención de prestamistas y deudores en lo que respecta a una nueva y genuina inversión de capitales, con el resultado de que los ahorros de los prestamistas sirven para conjugar los déficit comerciales y socorrer a los deudores en problemas en lugar de contribuir a financiar nuevas empresas de bienes de capital.

Actualmente, la importancia de la crisis está, con toda probabilidad, algo exagerada por razones psicológicas. Debemos esperar en cualquier momento una mejora limitada. Pero, a mi juicio, no puede haber una recuperación real hasta que las ideas de los prestamistas y la de los tomadores de crédito se aproximen gracias a un doble movimiento: que los prestamistas consientan progresivamente en prestar su dinero con condiciones menos duras y que quienes necesitan créditos recobren confianza y dinamismo para tomarlos de vuelta. Rara vez en la historia moderna la brecha entre ambos ha sido tan amplia y tan difícil de reducir. Si este diagnóstico es correcto, la crisis se convertiría en una depresión que, acompañada de fluctuaciones de precios, puede durar años y causar daños incalculables a la riqueza material y a la estabilidad social de todos los países por igual. Sólo si buscamos una solución seria, mi optimismo inicial puede ser confirmado, al menos para un futuro cercano.

Va más allá del objetivo de este ensayo el señalar las líneas que debe seguir una política en tal sentido. Pero sólo son capaces de dar el primer paso las autoridades de la banca central de los principales países acreedores. Ningún banco central puede hacer demasiado si obra aisladamente. Una acción dinámica y efectiva por parte del Banco de la Reserva Federal de Estados Unidos, del Banco de Francia y del Banco de Inglaterra podrían lograr mucho más que la mayor parte de la gente que malinterpreta los síntomas o agrava las circunstancias de la enfermedad en sí misma.

De todas formas, el remedio más efectivo consistiría en la asociación de los bancos centrales de estas tres grandes naciones acreedoras, lo que llevaría a recobrar el clima de confianza de los mercados internacionales de préstamos a largo plazo gracias a un audaz plan conjunto. Esto serviría para revivir el espíritu de empresa y la actividad en todos lados, y para mejorar el nivel de precios y de beneficios, de modo que el comercio internacional pueda reestablecerse nuevamente.

Incluso si Francia, abrazando la supuesta seguridad del oro, prefiere mantenerse al margen de la aventura de crear nueva riqueza, estoy convencido de que Gran Bretaña y Estados Unidos, compartiendo los mismos criterios y obrando

concertadamente, podrían poner otra vez la máquina en marcha en un período razonable de tiempo. A condición, hay que decirlo, de que estén galvanizados por una convicción inquebrantable en cuanto al origen y naturaleza de nuestros males. Es, en efecto, la ausencia de esa convicción, más que cualquier otra causa, la que hoy paraliza la acción de las autoridades responsables de ambos lados del Canal de la Mancha y del Atlántico.

RESUMEN

En este artículo premonitorio, Keynes da una primera explicación, dirigida a un público amplio, de la crisis de 1930. Anticipa en él algunas de las tesis principales de su Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero. Advierte también sobre la necesaria intervención de los bancos centrales de las tres potencias económicas del momento – Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos – para resolver la crisis.

ABSTRACT

In this premonitory article, Keynes gives a first explanation, addressed to a wide public, on the crisis of 1930. He advances here some of the main thesis of his General Theory of Employment, Interest and Money. He also advices about the necessary intervention of the central banks of the economical powers of that moment — Britain, France and the United States — to solve the crisis.